

II

La hizo desgraciada; y como nunca la había hecho muy feliz, la pobre tuvo doblemente mala suerte en el matrimonio. Había dejado que la casaran, á los dieciséis años, con aquel mozo coloradote, nada afable, que bebía mucho los domingos, que estaba embriagado todos los lunes, triste los martes, y que, en los días siguientes, trabajando como una acémila para recuperar el tiempo perdido, porque era avaro, no tenía espacio para pensar en su mujer. Era menos desagradable los sábados, porque había hecho su tarea y pensaba en divertirse al día siguiente. Pero un día de buen humor por semana no basta, y á Magdalena no le gustaba verle alegre, porque sabía que á la noche siguiente volvería á casa encendido en cólera.

Mas como era joven y linda, y tan afable que no había medio de estar mucho tiempo enfadado con ella, Blanchet aun tenía momentos de justicia y de amistad, durante los cuales le cogía ambas manos diciéndole:

— Magdalena, no hay mujer más buena que tú, y creo que te hicieron expresamente para mí. Si me hubiese casado con una coqueta como tantas que veo, la hubiera matado, ó yo me hubiera arrojado al agua,



SE ECHÓ AL SUELO SOLLOZANDO ARRANCANDO LA YERBA CON SUS MANOS

debajo de la rueda de mi molino. Mas reconozco que eres juiciosa, trabajadora, y que vales el oro que pesas.

Pero cuando su amor hubo pasado, lo que sucedió al cabo de cuatro años de matrimonio, no tuvo ya palabra buena que decirle, y despechóle el que ella no contestase nada á sus maldades. ¡Qué había de contestar! Comprendía que su marido era injusto, y no se lo quería reprochar, pues ponía todo su deber en respetar al amo que nunca había podido querer.

La suegra se alegró de ver que su hijo volvía á ser el hombre de su casa, como ella decía, como si él se hubiese olvidado alguna vez de serlo y de hacerlo sentir. Odiaba á su nuera, porque la veía más buena que ella. No sabiendo qué reprocharle, la acusaba de no ser fuerte, de toser todo el invierno, y de no tener todavía más que un hijo. La despreciaba por esto y también porque sabía leer y escribir (1), y porque, los domingos, leía oraciones en un rincón del huerto, en vez de ir á charlar y murmurar con ella y las comadres de los contornos.

Magdalena había puesto su alma en Dios, y, como le parecía inútil quejarse, sufría en silencio. Había retirado su corazón de la tierra, y pensaba con frecuencia en el paraíso como una persona deseosa de morir. Sin embargo, cuidaba su salud y se infundía ánimo,

(1) En la época en que Jorge Sand escribió esta novela, eran contadas, en Francia, las campesinas que sabían leer y escribir.—
N. del T.

30736

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

pues sabía que su hijo no sería feliz sino por ella, y todo lo aceptaba por el amor que le tenía.

No sentía una gran amistad por la Sabel, pero sentía un poco, porque esta mujer, semi-buena, semi-interesada, seguía cuidando lo mejor posible al pobre expósito; y Magdalena, viendo lo malos que se vuelven los que sólo piensan en sí mismos, se inclinaba á no apreciar sino á los que pensaban un poco en los demás. Pero como era la única, en el país, que no se preocupase en lo más mínimo con sí misma, se encontraba muy desamparada y se aburría mucho, sin conocer bien la causa de su aburrimiento.

Sin embargo, poco á poco observó que el expósito, que tenía entonces diez años, empezaba á pensar como ella. Cuando digo pensar, debe entenderse que le juzgó por su manera de obrar; porque el pobre niño tenía tanta dificultad en mostrar su raciocinio en sus palabras como el día en que le había interrogado por primera vez. No sabía decir nada, y cuando se le quería hacer hablar, quedaba parado en seguida, porque no sabía nada de nada. Pero si era preciso correr para prestar un servicio, siempre estaba dispuesto, y cuando se trataba de servir á Magdalena, corría antes de que ésta hubiera acabado de hablar. Hubiérase dicho, al ver su actitud, que no había comprendido de qué se trataba, pero cumplía el encargo tan pronto y tan bien que ella misma quedaba maravillada.

Un día en que el muchacho llevaba á Juanito en brazos y se dejaba tirar por él de los cabellos para ha-

cerle reir, Magdalena le quitó á su hijo algo descontenta, diciendo como á pesar suyo:

— Francisco, si ya empiezas á soportarlo todo de los demás, no sabes adónde llegarán.

Y Francisco la asombró contestando:

— Me gusta más sufrir el mal que hacerlo.

Magdalena, sorprendida, le miró en los ojos, y vió en ellos algo que nunca había encontrado ni aun en los de las personas más razonables; algo de tan bueno y resuelto á la vez, que le aturdió en cierta manera el espíritu; y habiéndose sentado en el césped con su hijito sobre las rodillas, hizo sentar al expósito en la orla de su vestido, sin atreverse á hablarle. No podía explicarse á sí misma por qué tenía como miedo y vergüenza de haber gastado frecuentes bromas con aquel niño sobre su simpleza. Cierto es que siempre lo había hecho con dulzura, y quizá su bobería se lo había hecho compadecer y querer más. Pero en aquel momento se imaginó que él había comprendido siempre sus burlas y que por ellas había sufrido sin poder contestar.

Luego olvidó aquella pequeña aventura, pues poco tiempo después su marido, que se había encaprichado con una bribona de las cercanías, se puso á detestarla completamente y á prohibirle que dejase á la Sabel y á su muchacho volver á poner los pies en el molino. Entonces Magdalena ya sólo pensó en los medios de socorrerlos aún más secretamente. Avisó á la Sabel, diciéndole que durante algun tiempo aparentaría olvidarla.

Pero la Sabel tenía un miedo muy grande al molinero, y no era mujer, como Magdalena, para sufrirlo todo por amor al prójimo. Reflexionó y se dijo que el molinero, siendo el amo, podía ponerla en la calle ó aumentar el alquiler, cosas que Magdalena no podía remediar. Pensó también que haciendo sumisión á la vieja Blanchet, volvería á estar en buenos términos con ella, y que su protección le sería más útil que la de la nuera. Fué á encontrar, pues, á la madre de Blanchet, y se acusó de haber aceptado socorros de Magdalena, diciendo que fué bien á pesar suyo, y únicamente por conmiseración por el expósito, á quien no podía mantener. La vieja odiaba al expósito tan sólo porque Magdalena se interesaba por él. Aconsejó á la Sabel que se desembarazase del muchacho, prometiéndole, en cambio, obtener seis meses de espera para su alquiler. Era después de San Martín, y la Sabel no tenía dinero, porque el año era malo. Vigilaban tanto á Magdalena, desde hacía algún tiempo, que la caritativa mujer no podía darle un céntimo. La Sabel tomó resueltamente su determinación, y prometió devolver dentro de veinticuatro horas el muchacho al hospicio.

Apenas hecha esta promesa, se arrepintió de ella, y á la vista de Francisquito que dormía en un pobre camastro, sintióse con el corazón tan oprimido como si fuese á cometer un pecado mortal. Durmió poco; pero, antes de que amaneciera, la tía Blanchet entró en su mísera vivienda y le dijo:

—¡Vamos, arriba! ¡levántese, Sabel! ¡Á cumplir lo prometido! Si deja usted que mi nuera le hable, ya sé yo que no hará usted nada. Pero por su bien y por el bien de todos, hay que hacer partir á este muchacho. Mi hijo le ha tomado ojeriza á causa de su simpleza y de su glotonería; mi nuera le ha engolosinado en demasía, y estoy segura de que es ya ladrón. Todos los expósitos lo son de nacimiento, y es una locura contar con esos canallas. Esto hará que la echen á usted de aquí, le creará una mala reputación, será causa de que mi hijo pegará algún día á su mujer, y, al cabo y al fin, cuando sea grande y fuerte, se hará salteador de caminos y la afrentará á usted. ¡Vamos, vamos, en marcha! Llévelo hasta Corlay por la pradera. La diligencia pasa á las ocho. Subirá usted con él, y á cosa del mediodía, á más tardar, llegarán á Chateauroux. Puede usted regresar esta noche. Tome, aquí tiene un doblón para el viaje, y aun le quedará para comer en la ciudad.

La Sabel despertó al niño, le puso su mejor ropa, hizo un paquete con el resto de sus bártulos, y, cogiéndole de la mano, partió con él á la luz de la luna.

Pero á medida que caminaba y que se hacía de día, iba faltándole valor; no podía andar de prisa, no podía hablar, y cuando llegó á la carretera, sentóse en el borde de la cuneta, más muerta que viva. La diligencia se acercaba.

El expósito no solía preocuparse con nada, y hasta entonces había seguido á su madre sin sospechar lo

que ocurría. Pero cuando vió, por primera vez en su vida, rodar hacia sí un gran carruaje, tuvo miedo del ruido que hacía, y empezó á tirar de la Sabel hacia el prado por donde acababan de venir. La Sabel creyó que el niño comprendía la suerte que le esperaba, y le dijo:

—¡Vamos, mi pobre Francisco, es preciso!

Estas palabras le asustaron todavía más. Creyó que la diligencia era un monstruo que corría siempre y le iba á devorar. Él, que era tan audaz en los peligros que conocía, perdió la cabeza y huyó por el prado dando gritos de terror. La Sabel corrió tras el muchacho, pero al verle pálido como una criatura que va á morir, el valor le faltó completamente. Le siguió hasta el extremo del prado y dejó pasar la diligencia.

III

Volvieron por los mismos pasos, hasta medio camino del molino, y el cansancio los obligó á detenerse. La Sabel estaba inquieta de ver temblar al niño de pies á cabeza y palparle el corazón tan fuertemente que le levantaba su pobre camisa. Le hizo sentar y trató de consolarlo. Pero ni ella misma sabía lo que se decía, y Francisco no se hallaba en estado de adivinarlo. Sacó de su cesta un pedazo de pan y quiso persuadirle á que comiera; pero él no tenía gana y permanecieron allí largo rato en silencio.

Por fin, la Sabel, que volvía siempre á sus reflexiones, se avergonzó de su debilidad y se dijo que si reaparecía en el molino con el muchacho, estaba perdida. Hacia el mediodía pasaba otra diligencia, y resolvió descansar allí hasta el momento oportuno para volver á la carretera; pero como Francisco estaba asustado hasta perder el poco juicio que tenía, y como, por primera vez en su vida, era capaz de oponer resistencia, trató de hacerle perder el miedo á los cascabeles de los caballos, al ruido de las ruedas y á la velocidad del gran carruaje.

Pero, al tratar de darle confianza, dijo más de lo que quería; quizá el arrepentimiento le hacía hablar